

Paola Valsecchi

Gatos

(casi) una historia natural

Traducción de Carmen Ternero Lorenzo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Non dire gatto: Una storia naturale, e no*

Los ingresos obtenidos por la autora con la venta de este libro se destinarán íntegramente, por deseo expreso de la misma, a la asociación Oasi 44 gatti odv, refugio felino de Italia.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Gato Maine Coon de color gris. © Getty Images / Christian Schweitz

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2022 by Società editrice il Mulino, Bologna
© de la traducción: Carmen Ternero Lorenzo, 2024
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-561-6
Depósito legal: M. 59-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Prólogo

- 17 1. *Big cats, small cats*
- 17 Carnívoros: una historia de éxito
- 24 Leones, panteras, tigres y gatos, ¡muchos gatos!
- 35 El ancestro del gato doméstico da un paso adelante:
quién, dónde, cuándo y por qué
- 42 Clasificación de los seres vivos y categorías sistemáticas

- 49 2. Pequeños pasos hacia la casa de los seres humanos
- 49 Desde el Neolítico
- 53 Gatos y momias
- 58 A la conquista del mundo antiguo
- 63 Un doméstico ya perfecto
- 67 Genética de la coloración del pelaje

- 75 3. Sintonicemos con *Felis catus*
- 76 En la oscuridad de la noche
- 80 ¿Qué sabemos de la mirada como medio de comuni-
cación entre el gato y el ser humano?
- 83 Sonidos y ultrasonidos
- 87 Si el gato no nos oye
- 89 Un toque de elegancia
- 92 *De gustibus*
- 97 Marcaje olfativo

- 103 4. Cuestión de felinidad
- 104 Érase una vez el gato montés

Índice

- 108 Thomas O'Malley del Arrabal
117 ¿Separados en casa?
120 Isidoro, Garfield y los demás
126 ¿Y cómo vemos nosotros la relación con el gato?
131 Gatos parlanchines
- 139 5. El dilema de los gatos del Antropoceno
140 *To prey or not to prey*
142 ¿Australia *docet*?
145 Una isla, una gata y un chochín
153 No solo caza
156 El debate interminable
161 *Gato en la ventana*
- 173 Conclusiones. Dulce y feroz, cariñoso e independiente;
en una palabra, gato
179 Para saber más

*A mi madre, que me ha transmitido el amor,
la pasión y la curiosidad
por todos los animales sin distinción,
y a mis favoritas, Tris y Micia,
de las que me gusta pensar que por fin sean amigas.*

Prólogo

Mi padre nunca quiso animales, no estaba en su ADN, mientras que mi madre, que había crecido entre perros, gatos, patos y gallinas aunque viviera en la ciudad, siempre ha sido mi compinche cuando quería meter algún animal en casa. El perro llegó cuando yo tenía diez años; era el típico «chucho», un perro callejero del pueblo al que nos habíamos mudado para tener un jardín. Apenas le dejaban entrar en la casa, y él, que a su pesar se había acostumbrado a vivir en la calle, lo aceptaba. Y, bueno, lo del gato fue distinto, porque mi madre hablaba siempre de su gata, que dormía en la cocina, donde la abuela le ofrecía suculentos bocados. Pero mi padre era inflexible: nada de gatos en casa. Aun así, la casualidad también desempeñó su papel, y un día, cuando mi hermano volvía del colegio, se encontró un gatito hecho un ovillo en una esquina y, al ver que podían atropellarlo, no quiso dejarlo allí. Una vez en casa, estaba claro que el peque-

ñín no podía quedarse solo en el jardín, así que nos dejaron tenerlo en una habitación «momentáneamente, a la espera de encontrarle una casa». Nos faltaba poquísimo para conseguirlo. El minino era un soriano macho* y, desbordando imaginación, lo llamé Micio (Micho). Tenía la colita fina y el pelo todavía «lanoso», típico de los gatitos de menos de dos meses. Mi padre empezó a cogerle cariño enseguida, pero seguía sin acostumbrarse del todo: cuando entraba por la mañana en la habitación para abrir la persiana y el gatito salía de pronto de debajo de los muebles, mi padre se quejaba, ¡diciendo que lo había «atacado»! Resumiendo, Micio se quedó con nosotros, y al ir creciendo fue expresando una personalidad muy fuerte e independiente. Se quedaba en casa el tiempo estrictamente necesario para disfrutar de unos cuantos mimos, la comida y un buen descanso antes de salir al jardín en busca de otros gatos, pequeñas presas y demás. A veces era tan poco simpático ¡que mis hermanos le pusieron un mote que no se puede publicar! Micio fue el primero de una larga serie de gatos y gatas que han formado parte de nuestra familia durante muchos años, con lo que pude descubrir y amar la otra mitad del cielo. De hecho, soy una de las tantas personas que aprecian la diversidad de perros y gatos y son incapaces de «decantarse» por unos o por otros, como sí hacen otras muchas personas que se declaran «perrunas» o «gatunas».

* Se conoce como «gato soriano» a un tipo de gato atigrado o mestizo cuyo nombre deriva del topónimo *Suriya* (Siria, en árabe). (N. del E.)

En este libro, primero hablaremos sobre pequeños y grandes felinos que nos fascinan por su belleza y nos intimidan por su fuerza y ferocidad. Aprenderemos sobre leones, leopardos, guepardos y pumas, y seguiremos el camino evolutivo del gato doméstico, que pasó de ser una pequeña «fiera» exterminadora de los roedores que esquilmban las reservas de nuestros antepasados a convertirse en un animal «de salón», integrado en la comunidad humana. De su historia –hecha de claroscuros, considerado una divinidad o la personificación del diablo– tocaremos algunas etapas fundamentales para comprender hasta qué punto sigue siendo un animal esquivo y misterioso, un animal con el que no hay medias tintas por ser amado o detestado «sin condiciones y sin peros». Nos adentraremos en la vida que el gato lleva en los múltiples entornos que le ofrecen tanto el ser humano como la naturaleza: el gato como ciudadano libre en las colonias urbanas; el gato de campo, que mantiene la granja sin ratones ni ratas, o al menos lo intenta; el gato feral, que en Australia y otros lugares del mundo ha retomado su vida solitaria, con lo que está provocando un grave riesgo para la supervivencia de la pequeña fauna autóctona, y el gato que vive en casa, cazando moscas e insectos. Gracias a la investigación científica, trataremos de descubrir algunos secretos sobre el lenguaje corporal, los miles de matices acústicos ocultos entre maullidos y ronroneos y todo un mundo de olores con los que los gatos se comunican entre sí sin que nosotros lo sepamos: todo lo que necesitamos saber para intentar comprender su naturaleza íntima y las extraordinarias capacidades sensoriales

que lo hacen ser un pequeño tigre en el sofá, un pequeño déspota que nos obliga a despertarnos en mitad de la noche para satisfacer su refinado paladar o que disfruta tendiéndonos emboscadas desde detrás de las cortinas para mantenerse entrenado. También abordaremos temas recientes, como el acalorado debate entre zoólogos, etólogos, defensores de los derechos de los animales y dueños de gatos sobre la libertad de movimientos que se les debe permitir: ¿debemos dejar que los gatos vivan al aire libre, ejerciendo una presión cignética nada desdeñable sobre la fauna, o deben permanecer confinados entre las paredes de casa? Con datos en mano, intentaremos comprender las razones de unos y otros, sin olvidar que nosotros somos los responsables del bienestar de nuestros gatos y la protección de los gatos salvajes. Hablaremos asimismo de las colonias urbanas y la plasticidad social de los gatos, de la protección que, al menos sobre el papel, les brinda la ley. Todo ello sin olvidar las necesidades del gato doméstico y cómo podemos garantizarle una vida buena e interesante aun viviendo en un piso. El objetivo es llegar a apreciar la alteridad felina, que, comparada con la canina, toca cuerdas distintas de nuestra naturaleza animal.

Quiero mostrar mi agradecimiento en primer lugar a mi amiga y colega Eugenia Natoli, por las largas charlas sobre gatos y por todas las experiencias y anécdotas que me contó y que enriquecieron el texto, con el único pesar de que nunca hayamos investigado juntas sobre gatos (pero no es demasiado tarde). Le dedico un agradeci-

miento especial a Chiara Canori, que dibujó hábilmente lo que de forma confusa le había pedido para ilustrar el proceso de domesticación del gato y las facetas de su vida social. Les doy las gracias a mis colegas Luca Bonini y Gianni Pavan por ayudarme a desentrañar temas como la neurociencia y la bioacústica. Gracias al bibliotecario Stefano Pettinel, que me buscó unas joyas bibliográficas que yo no habría podido encontrar. Por último, debo dar las gracias una vez más a Francesca Bertuzzi, de Il Mulino, que creyó en este libro desde el principio, por su amistad, su ayuda y su apoyo, que nunca me han faltado.

1. *Big cats, small cats*

Leones, leopardos, tigres y jaguares, los llamados «grandes felinos» (*big cats*), y muchos otros «pequeños felinos» (*small cats*), como ocelotes, caracales, linceos y guepardos, son los protagonistas de este primer capítulo, en el que recorreremos el camino de la evolución que ha desembocado en el género *Felis*, al que pertenece el gato doméstico, e intentaremos reconstruir el proceso de domesticación y difusión en el mundo de este pequeño felino, que conserva marcados rasgos «salvajes» que lo convierten en el menos doméstico entre los domésticos.

Carnívoros: una historia de éxito

La familia de los félidos pertenece al orden de los carnívoros, que también incluye a la familia de los cánidos, y desciende de un grupo de pequeños mamíferos del bos-

que llamados «miácidos» (género *Miacis*) que se extendieron por Norteamérica y Eurasia entre el Paleoceno y el Eoceno, hace unos 60 millones de años. La fauna y la flora de la Tierra se estaban recuperando de la extinción masiva que había provocado la catastrófica caída de un enorme meteorito frente a las costas de Yucatán (México) unos 5 millones de años antes. Los desastrosos efectos de ese impacto (lluvia de lapilli, nubes tóxicas, maremotos y tsunamis) acabaron con cerca del 75 % de las especies vivas, incluidos los reptiles que entonces dominaban la tierra, el cielo y el mar: los dinosaurios, los pterosaurios, los ictiosaurios y los plesiosaurios. No les fue mejor a las aves ni a los mamíferos, que perdieron la mayor parte de las formas presentes en el Mesozoico. Los que lograron escapar de la extinción tampoco lo tuvieron fácil, aunque se cree que las formas pequeñas y las que pudieron reproducirse rápidamente gozaron de ciertas ventajas y pudieron diversificarse ocupando nichos ecológicos que quedaron libres (radiación adaptativa). Los mamíferos resurgieron en muchas formas, grandes y pequeñas, la mayoría de las cuales se extinguieron, pero los miácidos, que tenían un cuerpo alargado con patas cortas y eran ágiles trepadores parecidos a las martas actuales, vivieron unos 30 millones de años y dejaron una descendencia que se remonta a dos grupos principales: los caniformes (nueve familias vivas: cánidos, úrsidos, ailúridos, mefítidos, prociónidos, mustélidos, otarios, fócidos y odobénidos) y los feliformes (seis familias vivas: félidos, eupléridos, herpéstidos, vivérridos, hiénidos y la civeta africana de las palmeras, la única de la familia *Nandiniidae*). Tal vez estéis pensando que me estoy remontando

muy atrás para hablar del gato doméstico, pero me parece fascinante seguir todas estas etapas y descubrir que ¡los perros y los gatos comparten un único ancestro! A lo largo de millones de años se han diferenciado al ir adaptándose a muchos nichos distintos gracias a la alternancia de periodos glaciares e interglaciares del Cuaternario, que dio lugar, a medida que se abrían y cerraban puentes terrestres, a fases de migración alternadas con fases de aislamiento reproductivo. Así, los caniformes han desarrollado ciertas características, como un pelaje de color uniforme, garras generalmente no retráctiles, locomoción predominantemente plantígrada, una dieta no estrictamente carnívora, o incluso omnívora, y un cráneo alargado con numerosos dientes, mientras que los feliformes han desarrollado un pelaje con patrones de colores distintos (rayas, manchas), garras protráctiles, locomoción digitígrada, una dieta hipercarnívora y un cráneo más corto y redondeado y con menos dientes.

Nosotros nos centraremos en los feliformes, y en la familia de los félidos en particular, para conocer a nuestra pequeña «fiera» doméstica: *Felis catus*, uno de los carnívoros de más éxito de la Tierra, que vive en todas partes salvo en la Antártida y alguna que otra remota isla oceánica. Los gatos sobreviven en hábitats extremos, como el desierto del Sahara o las islas subantárticas, ¡independientemente de que los cuiden y alimenten los humanos! En todo el mundo, al menos 500 millones de gatos viven como mascotas bien integradas en la familia humana, mientras que hay millones que viven como gatos callejeros en las ciudades y el campo o que son gatos ferales, es decir, no dependen de los humanos para sobrevivir. Así

pues, ha llegado la hora de ahondar en el pasado de esta gran historia de éxito.

La familia de los félidos agrupa especies que comparten un esquema corporal que ha permanecido prácticamente inalterado durante 20 millones de años. Si bien sus características generales son uniformes dentro de la familia, hay que señalar que los félidos pueden variar mucho en tamaño y peso: basta decir que pertenecen a la familia el enorme tigre siberiano, *Panthera tigris altaica* (de 200 a 325 kg), el pequeño gato patinegro de Sudáfrica, *Felis nigripes* (de 1 a 2 kg), y el minúsculo gato herrumbroso, *Prionailurus rubiginosus* (menos de 1 kg), de la India y Sri Lanka. Probablemente, el hecho de que todos sean depredadores de emboscada –aunque de presas de tamaños muy distintos, como es lógico– y la rápida evolución a la que se han visto sometidos han limitado su capacidad para diferenciarse ocupando nichos muy distintos. En consecuencia, todos los félidos son depredadores extremadamente silenciosos gracias a sus patas, con almohadillas carnosas muy desarrolladas y garras protractiles que se retraen y protegen en una funda de piel cuando no las utilizan para cazar o defenderse (con la única excepción del guepardo, que incluso en reposo mantiene expuestas las puntas de las garras; se cree que de este modo se agarra al suelo, lo que garantiza su impresionante aceleración), y tienen un cuerpo robusto, pero sinuoso y flexible, que les permite moverse ágilmente tanto en el bosque como en la sabana y dar grandes saltos tanto en longitud como en altura.

La mayoría de los félidos son animales solitarios. Se vuelven más activos al anochecer, para cazar en ausencia de luz gracias a un sentido muy desarrollado del oído, el

olfato y la vista que les permite capturar presas incluso en la oscuridad. Tienen las garras (cinco en las patas delanteras y cuatro en las traseras) y los dientes (entre veintiocho y treinta) afilados para aferrar y sujetar a sus desafortunadas presas, a las que asfixian o matan con un mordisco letal: al ser carnívoros obligados (hipercarnívoros), se alimentan exclusivamente de carne.

Su viaje evolutivo comenzó hace unos 30 millones de años en Eurasia, y el que se considera el férido más antiguo, *Proailurus lemanensis*, apareció tras la extinción europea conocida como la Gran Ruptura de Stehlin, que marcó la transición del Eoceno al Oligoceno. Así, podemos imaginar que hace unos 33,9 millones de años, en una vasta zona de bosque subtropical que hoy corresponde al territorio de Quercy (Francia), merodeaba un *Proailurus lemanensis*, ancestro de todos los felinos vivos y extintos. Era poco más grande que un gato doméstico y tenía un cuerpo alargado y una cola aún más larga, además de un hocico que ya presentaba el acortamiento típico de los féridos, aunque aún conservaba todos los dientes característicos de los carnívoros primitivos. Sus patas eran más cortas que las de un férido moderno y tenía una postura en transición entre plantígrada y digitígrada. Se cree que tenía hábitos de vida semiarborícolas. El análisis estratigráfico de los niveles correspondientes al sistema de los mamíferos del Paleógeno data este y otros fósiles presentes en la zona en 28,5 millones de años; el espécimen fósil más joven se ha hallado en Laugnac (Francia), y data de más de 20 millones de años.

De *Proailurus* divergen dos líneas evolutivas: la que a partir de *Pseudaelurus* llevará al tigre dientes de sable

(subfamilia Machairodontinae, todos extintos) y la que a partir de *Styriofelis* desembocará en los félidos vivos (subfamilia Felinae). En realidad, la línea evolutiva no está del todo clara desde el punto de vista filogenético, pero, dejando de lado algunas cuestiones técnicas que reservaremos para los especialistas, a partir del registro fósil podemos afirmar con certeza que *Pseudaelurus* fue un félido de gran éxito. De hecho, se diferenció en más de doce especies de depredadores tan grandes como un leopardo o un tigre, que se adaptaron a vivir y cazar en los ambientes de sabana que se iban difundiendo cada vez más debido al cambio climático. *Pseudaelurus* mostraba una reducción en el número de molares y caninos de sable incipientes, y además tenía la flexibilidad de la columna vertebral típica de *Proaiulus*, pero era completamente digitígrado. El fósil de *Pseudaelurus* se encontró por primera vez en sedimentos datados hace entre 20 y 18 millones de años en Wintershof (Alemania), y en Europa se conocen cuatro especies de *Pseudaelurus* cuyo tamaño oscilaba entre el de un gato montés moderno y el de un lince o un puma pequeño. Hace unos 9 millones de años, gracias a la aparición de un puente de tierra en el estrecho de Bering, *Pseudaelurus* colonizó Norteamérica y, más tarde, Sudamérica, dando lugar a un género que también es muy conocido por el gran público debido a los numerosos documentales y películas en los que aparece: *Smilodon* (el «feroz» Diego que quería comerse al pequeño humano en la película de animación *La Edad de Hielo*).

Smilodon (en realidad se conocen tres especies distintas) era más robusto que cualquier otro felino existente,

con las extremidades anteriores especialmente bien desarrolladas y los caninos superiores excepcionalmente largos y curvados. La apertura de la mandíbula era muy amplia, de 120°, pero los fenomenales dientes de sable, comprimidos lateralmente, eran frágiles y podían romperse con facilidad. Se cree que *Smilodon*, que pudo cazar en grupo, acechaba tratando de agarrar con los dientes a la presa, a la que dejaba desangrarse hasta morir para luego poder devorarla en paz, pero la fragilidad de los dientes hace difícil comprender cómo los utilizaban realmente. *Smilodon* vivió hasta hace 10.000 años y se extinguió, junto con la mayor parte de la megafauna americana, debido a una combinación de causas, como el continuo cambio climático, que posiblemente provocó el declive de sus presas preferidas (grandes ungulados, como el antiguo bisonte, *Bison antiquus*, y el camello gigante, *Paracamelus gigas*, en Norteamérica, y *Toxodon* y otros ungulados extintos, en Sudamérica), y la aparición de otras especies de depredadores más oportunistas y menos especializadas. Estos formidables depredadores convivieron con los humanos, y no se puede descartar que nuestros predecesores también desempeñaran un papel en su extinción. *Smilodon* no fue el único género de este grupo descendiente de *Pseudaelurus* que tuvo éxito: desde el Mioceno hasta el Plio-Pleistoceno, muchos otros géneros de grandes depredadores se extendieron por Eurasia, América y África (pasando por el mar Rojo), como *Machairodus*, *Amphimachairodus*, *Metailurus*, *Homotherium*, *Dinobastis*, *Xenosmilus* y *Megantereon*, siendo todos ellos variaciones de un «tigre» robusto con patas más o menos largas y caninos más o

menos largos y curvados; tigres con dientes de sable, que en realidad no son tigres porque pertenecen a una rama distinta de la que dio lugar a los felinos vivientes, es decir, tigres, leones, leopardos, jaguares y gatos, ¡muchos gatos!

El primer felino de nuestra historia se llama *Styriofelis* y vivió en Europa entre el Mioceno inferior y superior (hace entre 16 y 8 millones de años). *Styriofelis* debió de ser muy parecido al ocelote actual (*Leopardus pardalis*), es decir, un felino de tamaño pequeño o mediano. El hocico seguía siendo bastante largo en comparación con el de las formas actuales y aún presentaba los dientes molares y premolares que desaparecerían a lo largo de la evolución felina. *Styriofelis*, del que se han reconocido tres especies, tenía un cuerpo esbelto y alargado, con una cola igualmente desarrollada y patas adaptadas a la locomoción digitigrada. Aunque la historia fósil de estos descendientes de *Proailurus* es menos conocida que la de los tigres dientes de sable, podemos reconstruir con un grado considerable de certeza la trayectoria evolutiva a lo largo de los últimos 11 millones de años de las ocho líneas de descendencia de *Styriofelis*.

Leones, panteras, tigres y gatos, ¡muchos gatos!

Comenzaremos diciendo que las treinta y ocho o cuarenta especies vivas de felinos reconocidas actualmente por los especialistas se han dividido tradicionalmente en dos subfamilias: los panterinos y los felinos, es decir, los «grandes felinos» y los «pequeños felinos». La distinción

se hizo sobre la base de una característica morfológica presente en los panterinos pero no en los felinos: la presencia de un ligamento elástico en el aparato hioideo bajo la lengua que permitiría a los panterinos rugir pero no ronronear, mientras que los felinos, sin este ligamento, pueden ronronear pero no rugir. Otros estudios han demostrado que la capacidad de rugir de algunos de los grandes felinos viene determinada por las características de las cuerdas vocales de la laringe, que son largas, carnosas y elásticas y les permiten rugir, mientras que las de los felinos, más simples, les permiten ronronear. No obstante, aunque todo esto resulta interesante, ha sido superado por la acumulación de datos genéticos, con los que se han podido reconstruir mejor las relaciones de parentesco entre las especies agrupándolas en ocho líneas de descendencia que han ido apareciendo a lo largo de varios millones de años.

El linaje más antiguo entre los felinos vivos es *Panthera* (*Panthera lineage*), que se separó del ancestro común hace unos 10,8 millones de años e incluye cinco especies muy conocidas y carismáticas: el león (*Panthera leo*), el leopardo (*Panthera pardus*), el jaguar (*Panthera onca*), el tigre (*Panthera tigris*) y el leopardo de las nieves (*Panthera uncia*), y otras dos especies menos conocidas: la pantera nebulosa (*Neofelis nebulosa*) y la pantera nebulosa de Borneo (*Neofelis diardi*). Si bien estuvieron presentes en prácticamente todos los continentes, Asia, América del Norte y del Sur, Europa y África, ahora están todos en peligro de extinción (recuadro 1).

El segundo linaje que hay que diferenciar es *Catopuma* (*Bay Cat lineage*), del sudeste asiático hace unos 9,4